

maje, *M. rixosa* se designa a veces con el nombre «amigo de bienteveo».

Este año he observado la ausencia total de la golondrina, *Progne tapera*, debido, según creo, a la extraordinaria abundancia y agresividad de los gorriones, quienes el año pasado disputaban con las golondrinas el derecho de ocupar los nidos abandonados del hornero. En esta región, *P. tapera* anida exclusivamente en los nidos de referencia, los cuales son igualmente buscados por los atrevidos gorriones, dispuestos para aprovechar el menor descuido de sus víctimas para arrebatarles el hogar. El año pasado observé que tres nidos de una pareja de horneros fueron asaltados y ocupados consecutivamente antes de su terminación. Los salteadores se valían de la siguiente maniobra: durante la breve ausencia de los dueños del nido, y mientras que éstos traían las últimas porciones de barro, un gorrión macho, sargento aguerrido y truculento, tomaba posesión, y, secundado por sus compañeros de latrocínio, permanecía impasible ante las acometidas de los desdichados horneros hasta que al fin éstos levantaban el sitio.

Con las tareas otoñales de los horneros he tenido ocasión de ver un caso que demuestra lo que John Burroughs, un ornitólogo norteamericano, y verdadero «bird-lover», observa sobre «estos autómatas, los seres salvajes». Dos horneros se habían dispuesto a construir un nuevo nido sobre la prolongación de un tirante de hierro que sobresale de un tanque arriba de una torre. Cada vez que se rebalsa este tanque, lo que sucede tres o cuatro veces al mes, el agua se lleva completamente los cimientos del nido; pero a pesar de estos percances, con causa y efecto ambos a la vista, los valientes horneros no desisten en su propósito, y día por medio reanudan la ingrata tarea. «La profunda sabiduría de la Naturaleza, dice Burroughs, en efecto, tan infalible bajo ciertas condiciones, nos parece nada menos que absurda en su aplicación cuando estas condiciones sufren una variación.»

APUNTES SOBRE ALGUNAS AVES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

POR

JUAN B. DAGUERRE

Estos apuntes se refieren a observaciones de costumbres de aves comunes en esta localidad.

El progreso con sus incessantes transformaciones al variar las condiciones físicas del terreno hace variar las condiciones biológicas de las aves. En poco más de un cuarto de siglo se ha modificado la preponderancia de unas especies con relación a otras.

La multiplicación de montes y arbolados, hace que crezca el número

de ejemplares de aves arborícolas y que se señalen especies que no llegaban anteriormente.

Las grandes obras de desagües y las canalizaciones de los campos, han desecado cañadones y juncales, en otro tiempo poblados por multitud de aves acuáticas y que hoy son bastante escasas, o sólo habitan temporalmente la localidad.

La ausencia de gatos en mi casa, por haber sido suprimidos hace varios años debido al hábito que tienen estos simpáticos felinos, de destruir gran número de aves, especialmente pájaros, y por la ojeriza que les tienen algunos foxterriers encargados de la vigilancia de la casa, hace que muchas aves que viven en sus inmediaciones hayan adquirido una mansedumbre increíble, que me ha permitido hacer observaciones interesantes con gran facilidad.

Las funciones policiales de los perros son facilitadas por algunas especies de aves que habitan los alrededores de casa, en particular por los teros (*Belonopterus cayennensis*) y varias parejas de lechuzas (*Speotyto cunicularia*) que con sus gritos durante la noche y la llegada intempestiva de los canes, atraídos por esta alarma, han convertido en desenfrenada carrera más de un ameno paseo, que con miras amorosas, hacia algún gato de la vecindad.

También las comadrejas, zorrinos y otras alimañas son delatados por estas aves, tanto durante el día como cuando protegidos por las sombras de la noche, efectúan sus correrías.

Esto me ha permitido observar que las aves sedentarias cuando se establecen en una localidad, fijan un domicilio, ya sea en cierta parte de un monte o en un sitio del campo y que permanecen en él indefinidamente mientras no varíen las condiciones físicas del lugar.

Citaré un caso que confirma este aserto que también lo he comprobado en varias especies y en distintas ocasiones.

Individualizar un ave entre tantos ejemplares idénticos es poco menos que imposible. Pero a veces se presentan circunstancias favorables que lo permiten, como en este caso. Se trata de un chimango con un principio de albinismo. Tiene el dorso y parte de las alas completamente blancos por lo que puedo reconocerle dondequiera que le vea.

A este chimango le conozco desde hace cinco años y desde entonces tiene su domicilio en una pequeña loma a orillas de un pajonal en donde con una hembra de coloración común forma pareja y nidifica.

Nunca le he visto alejarse más de tres kilómetros de su paradero. Durante los inviernos va a pernoctar a un lugar del pajonal próximo, donde se reunen los chimangos de la comarca, para dormir o pasar la noche.

Los horneros (*Furnarius rufus*), cuando han elegido un sitio para fijar su nido y han empezado la obra, no les desalientan los fracasos, y, aunque se les destruya el nido repetidas veces, vuelven a construirlo siempre que no se les ponga un impedimento en el sitio.

Una pareja de estos laboriosos pájaros está desde hace dos años empecinada en construir su horno en una tranquera, donde el tránsito y el ganado se lo destruyen continuamente. Después de un año de infructuosas tentativas, cambiaron su ubicación haciéndolo en el suelo a un costado del camino y cuando estaba terminado una lluvia se lo anegó. Ahora siguen tratando de hacerlo, otra vez en la tranquera.

Hace algunos años vi una pareja de horneros que siéndole imposible

hacer el nido pegado a la roldana de un jagüel como pretendían, por destruirse diariamente la obra al tirar el agua, lo ubicaron pegado al reborde de un bebedero, a ras del suelo, en donde criaron.

En unos sauces próximos al patio nidifica todos los años un casal, muy manso, de horneros, que a fines de octubre próximo pasado tuvo pichones, a los que, una vez criados, fueron echados y perseguidos por los padres que nidificaron en el mismo horno por segunda vez, con gran sentimiento de una junta de golondrinas (*Progne tapera*) que prolongó un mes más su espera hasta ver desocupado el nido. De esta segunda cría salieron cuatro pichones que aun acompañan a los padres.

En cuanto empiezan a nidificar los padres, que siempre lo hacen dentro del radio de su paradero y en un lugar muy próximo al nido anterior, o a veces en el mismo sitio, los hijos se marchan en busca de un nuevo domicilio.

Desde hace tres años nidifica en los árboles inmediatos a la casa una pareja de calandrias (*Mimus modulator*) y también tiene hábitos idénticos al de los horneros ya citados, excediéndo a éstos en confianza y mansedumbre, pues hasta entran en la cocina en busca de grasa, a la que son muy aficionados.

En cada verano han criado cuatro pichones, aunque han nidificado en la época varias veces y que por distintas causas han fracasado, siendo la principal por haberse caído el nido.

Sus crías les acompañan hasta la próxima primavera y entonces se marchan a otra parte. Son muy celosas y no permiten ni que se aproximen otras calandrias. Como el monte es chico las persiguen hasta que se van. También las he visto persiguiendo a una calandria de otra especie (*Mimus triurus*). En el mes de Octubre pasado les ocurrió un percance que trajo un cambio en la pareja. Habiendo un chimango robado en el gallinero un pollito, pasó sobre la planta en la que tenía el nido las calandrias, cuyos pichones estaban ya casi emplumados. Se sabe que las calandrias tienen, como algunos tiránidos, la costumbre de perseguir a las aves de rapiña que pasan en las proximidades del nido, para ahuyentárlas. Un hermano mío al ver al chimango llevándose el pollito y que bajaba allí próximo para comérselo, determinó matarlo, sin reparar que la calandria estaba en el campo de tiro de la escopeta, siendo también víctima. La muerte involuntaria de nuestra calandria amiga nos causó mucho pesar. Era el macho. Mi hermano, afectado, procuró aliviar la suerte de la madre y los pichones, y juntó lombrices y orugas que, puestos en un recipiente próximo al nido, la madre distribuía a sus hijos. Ella notando la ausencia de su compañero daba fuertes silbidos. Al tercer día apareció un macho de plumaje algo más oscuro que el común y durante algunos días anduvo por los alrededores del nido cantando admirablemente hasta que salieron los pichones y reemplazó al muerto. Pocos días después vi que estaban haciendo un nido nuevo que se les cayó. Ahora anda la pareja y los pichones, habiéndose hecho este macho tan manso como el anterior.

También las aves migratorias deben tener la costumbre de volver a los sitios que han habitado.

En unos sauces aislados próximos a la estación Rosas (F. C. S.), nidificó durante los veranos 1919, 1920, 1921 y 1922 una pareja de tijeretas (*Muscivora tyrannus*). El macho se caracterizaba por tener la cola casi un tercio más larga que el común de su especie. No sé si anteriormente

nidificaban allí y después de esa fecha no he tenido oportunidad de visitar ese lugar en época propicia.

En la primavera, el celo por el lugar que ha elegido cada pareja se exalta y es entretenido ver el encarnizamiento con que luchan, particularmente las aves de una misma especie. Unos benteveos (*Pitangus sulphuratus bolivianus*) vecinos del hornero y calandria antes citados, les oí el verano pasado pelear un día entero para que no se instalara otra pareja que llegó con miras de nidificar. Sin embargo, toleraban que en la parte inferior del propio nido, hiciera el suyo una pareja de gorriones (*Passer domesticus*).

Esta tolerancia o despreocupación hacia otras especies da lugar a casos que serían paradójicos si la evidencia no demostrara lo contrario.

El más notable que he visto es una nidificación en común de varias especies distintas.

Como a cinco cuadras de casa, en una loma, hay dos saucez muy próximos entre sí. En ellos nidifican todos los veranos varias especies de aves; una pareja de horneros (*Furnarius rufus*), una de leñateros (*Anumbius anumbi*), una de benteveos (*Pitangus sulphuratus bolivianus*) y algunas de gorriones, mixtos, golondrinas, etc.

En los primeros días de Octubre ppdo. había allí dos nidos; en una horqueta el de los horneros y como a dos metros de él, entre las ramas, el de los leñateros.

En esos días, un casal de caranchos (*Polyborus plancus*) creyó conveniente para hacer su nido la horqueta donde estaba el de los horneros y seguramente sin preocuparse de sus vecinos de la planta baja (del edificio que iban a levantar se entiende), amontonaron materiales, consistentes en ramas secas, yuyos, pelechos, etc. Formaron un voluminoso nido de 90 centímetros de alto por otro tanto de diámetro.

Felizmente a los horneros les quedó libre la puerta y desdeñando tan peligrosa vecindad, incubaron y criaron sus pichones.

Entretanto los benteveos, considerando seguramente inútil la protesta contra señores tan prepotentes, trataron de sacar provecho de la situación, ubicando su nido adherido al de ellos. También hicieron el suyo dos parejas de gorriones entre los huecos de las ramas del nido de los caranchos.

El 20 de Octubre estaban todos ellos terminados. Los caranchos no criaron; ignoro si a causa de mis visitas o porque ya era muy avanzada la época, pero permanecieron allí hasta Diciembre. Son los únicos que he visto nidificar en Octubre. Su nidificación empieza en esta localidad a fines de Mayo y se prolonga durante el invierno.

Las urracas (*Guira guira*) tienen costumbres muy curiosas, particularmente en lo que se refiere a sus hábitos de nidificación. Viven en bandadas a veces hasta de veinte individuos. Entre ellos son muy sociales y cariñosas.

Cuando empieza la primavera se apartan de la bandada algunas parejas, creo que muy pocas, dos o tres a lo sumo; y en nidos abandonados o desalojando a sus dueños, o en matorrales secos, hacen su nido. Lo hacen muy pronto, a veces en dos días. Emplean en su construcción casi exclusivamente ramitas verdes con hojas, que cortan en los árboles próximos.

En tres ocasiones he observado que ponen ocho huevos y crían sus pichones sin ninguna ingerencia de los individuos de la bandada.

Esta es la forma normal de criar; pero he comprobado que algunas hembras de la bandada tienen hábitos parasitarios y cuando encuentran el nido de alguna pareja, ponen en él sus huevos. En los lugares que frecuenta la bandada es común hallar en el suelo huevos abandonados por estas hembras.

A veces he hallado nidos con un número extraordinario de huevos, seguramente parasitados por varias hembras a la vez.

El nido de calandrias antes citado, a los pocos días de salir los pichones fué ocupado por una pareja de urracas. Lo arreglaron y empezaron a poner en él dos hembras a la vez, una de ellas parásita.

En cinco días pusieron 10 huevos, y al sexto se cayó el nido. La bandada se fué a otro monte y con ellos la parásita. La pareja hizo nido nuevo en el cerco de un troje y crió 8 pichones.

Como muchas especies de aves acuáticas, las gallaretas habitan temporalmente esta localidad. Después que las lluvias invernales han llenado las innumerables lagunitas que hay en estos campos, éstas se pueblan de gallaretas y zambullidores. Predomina por su número entre las primeras la especie menor (*Fulica leucoptera*), que según he leído, pone muy tarde.

En el mes de Septiembre, en cuanto brotan algunos juncos y gramíneas entre el agua, estas gallaretas hacen sus nidos siendo las primeras aves que ponen en estas lagunas. Si el verano es lluvioso hacen una segunda cría en Noviembre o Diciembre.

El chimango (*Milvago chimango*) destruye gran cantidad de huevos de patos silvestres (*Dafila*, *Querquedula* y *Spatula*). En cuanto descubren dónde la pata tiene oculto su nido, y como éstas son incapaces de defendélo, se posesionan de él y comen los huevos.

El vengador de la familia es el pato pardo (*Heteronetta atricapilla*) que cuando encuentra en alguna laguna un nido de chimango, pone en él sus huevos, como ya lo hice constar en esta revista y fué corroborado gráficamente por el señor A. S. Wilson.

Ignoro lo que hará el chimango cuando nace en su nido un patito, pero me imagino la estupefacción de la madre postiza al ver echarse al agua su misterioso pichón.

No sé si las observaciones que he apuntado se refieren a hábitos locales o individuales, o si son generales de cada especie.

Queda a cargo de mis estimados consocios o de personas que tengan oportunidad, verificar si en otras localidades de su área de dispersión, las especies que señalo tienen las mismas costumbres.

Creo que aun hay mucho que conocer en lo que se refiere a la biología de nuestras aves, y si estos mal coordinados apuntes logran contribuir en algo a ello, me doy por muy compensado del trabajo que me he tomado.

JUAN B. DAGUERRE.